

JOSÉ JAVIER ESPARZA

El Final de los TIEMPOS



SEOTIA
EDUCACIÓN

Narrativa con Valores

EL FINAL DE LOS TIEMPOS

José Javier Esparza

2018

SEKOTIA

Narrativa con Valores

© a los textos, **José Javier Esparza**
© a la ilustración de portada, **Juan Carlos de Pablo**
© a la edición: **Sekotia, s.l.**

Calle Gamonal 5, 1º- 22. 28031 Madrid
Tel.: 91 433 73 28 www.sekotia.com

Está prohibida la reproducción por cualquiera que sea su proceso técnico, fotográfico o digital, sin permiso expreso de los propietarios del copyright.

PRODUCCIÓN, ARTE FINAL Y DIGITALIZACIÓN
HB&h, S.L. Dirección de Arte y Edición
hbh@grupo-hbh.com
ISBN: 978-84-16921-19-5

ÍNDICE

Nota a esta edición	9
Prólogo del <i>Marqués de Tamarón</i>	15

Parte I

El Dolor

1. La Pirámide	21
2. La secta de la Araña	49
3. En la catacumba de la Madre	81
4. El tumor del Arcipreste	113
5. Proyecto Golem.....	147
6. El Archivo del Saber	175
7. Ayesha	205
8. La traición del nuncio León	235
9. Los bosques de Lo Abierto.....	275
10. La cloaca 36 del Río sin Nombre.....	301

Parte II
Los diarios de Román

11. La guerra.....	311
12. El destierro	357
13. El retorno.....	393

Parte III
La Muerte

14. El diagnóstico de Abuk	439
15. Un encargo para Galés	465
16. En las fauces de Fénix.....	493
17. La conjura de los eunucos	527
18. El viajero del manto azul.....	559
19. Guerreros errantes	595
20. El misterio del Fráter León	621
21. El descenso de Bosho.....	649
22. Nemo me impune lacesit.....	685
23. El vientre de la Pirámide	715
Epílogo	745

NOTA A ESTA EDICIÓN

Esta novela se escribió hace más de veinte años y vio la luz por vez primera en dos volúmenes: “El Dolor” y “La Muerte”, que circularon en un ámbito muy restringido de lectores. La editorial Sekotia ha tenido la iniciativa de reeditar el conjunto en un sólo libro y yo no puedo sino mostrarle mi agradecimiento por ello. Salvo ocasionales correcciones de estilo, los textos apenas han sufrido cambios respecto a la publicación original. No porque yo considere que no hay nada que mejorar (hoy, probablemente, escribiría algo distinto), sino por un elemental deber de lealtad hacia lo escrito y hacia el lector. A lo hecho, pecho.

Por otro lado, las preguntas que dieron lugar a esta narración no han variado y, aún más, determinados aspectos que hace veinte años aparecían como meramente intuitivos han terminado manifestándose como certidumbres evidentes: la instalación de una cultura de la muerte, la esterilidad como problema mayor de Occidente, la destrucción de cualquier dimensión religiosa, la deformación del pasado, el imperio de la técnica; también la creciente alienación de las multitudes, la putrefacción de la democracia y la sumisión de lo político al poder económico. El tránsito del siglo XX al XXI ha visto la confirmación de todas estas cosas. En cierto modo, el paso de los años ha hecho que El final de los tiempos deje de ser una novela futurista para convertirse en crónica alegórica de nuestra actualidad.

EL FINAL DE LOS TIEMPOS

Para Aurora

PRÓLOGO

Esta insólita novela tiene varias singularidades, casi todas indecibles. Y digo indecibles pues resulta difícil explicar cómo coexisten algunas de ellas, cualidades que casi siempre se excluyen mutuamente en la narrativa, como la acción y las ideas. Pero su singularidad más indecible es la agilidad de la intriga, que mantiene en vilo al lector como cuando a los diez años descubrió a Stevenson. Esta capacidad de sorprender y cautivar al lector es la esencia de la novela, pero exige que se llegue al libro con una ignorancia casi edénica: es lo contrario de la tragedia, donde el efecto catártico en el espectador en nada depende de la sorpresa, ni ésta, si la hay, de la ignorancia. De ahí que sea indecible el argumento de *El final de los tiempos*, so pena de ser tachado de desleal al lector y al autor. Basta, pues, con describir el escenario histórico de estas estupendas aventuras futuristas. Se desarrollan en una distopía surgida tras revoluciones y guerras que dan a luz un mundo física, moral y espiritualmente enfermo. No se crea, sin embargo, que el tenebroso escenario y los sombríos títulos de estas dos novelas albergan unas aventuras tristes. Muy al contrario –quizá por su título, pero más aún por la esencial alegría del relato– el lector intuye que más allá de las humaredas y estrépitos apocalípticos hay algún tipo de salvación.

La acción, como en toda buena novela, tiene un ritmo juvenil. No se ve entorpecida en ningún momento por el hondo trasfondo filosófico

o religioso. Es curioso que un novelista tan cristiano como Esparza invente un mundo enteramente nuevo, e incluso una religión post-cristiana, aunque cabe suponer que el culto a la Madre se trata de una primera etapa en el regreso al cristianismo.

Bien mirado, más curioso aún es que otro escritor muy católico, Tolkien, inventase otro mundo de arriba abajo, hasta con lengua propia, pero sin ninguna religión, más que unos leves ecos marianos y celestiales al final. Por cierto que Tolkien, con su gran lucha entre el Bien y el Mal, no es del todo ajeno al mundo de Esparza, aunque el mayor influjo literario y político en *El final de los tiempos* sea, a mi entender, Ernst Jünger. Me refiero al Jünger de *Sobre los acantilados de mármol* y demás novelas entre utópicas y distópicas. A veces piensa el lector que Esparza, con su *philosophia perennis* y su amor gozoso por la aventura, es una mezcla de Jünger y Tintín, hasta que cae uno en la cuenta de que eso sería una tautología, puesto que el propio Jünger es una mezcla de Jünger y Tintín. Aunque Esparza dice que no, que Jünger es una mezcla de Goethe y Tintín, y uno le replica que de dónde viene entonces el lado guerrero, y dónde nos dejamos a Hölderlin y a Nietzsche, y la cuenta telefónica es astronómica, ya que Esparza es polémico y culto y simpático...

Pero el análisis psicológico de los personajes no es ni juvenil ni filosófico, está en la sólida tradición novelística europea: algunos malvados conservan su dignidad aun en el mal y otros incluso se redimen. Sobre todo, no cae en la torpeza de buena parte del pensamiento cristiano de los últimos cien o doscientos años, que parece creer que la civilización contemporánea, al ser materialista o impía (o ambas cosas a la vez como el mundo comunista o el nacionalsocialista), es pagana. ¡Ojalá! —decía otro católico lúcido, Christopher Dawson— pues el paganismo está lleno de sentido espiritual, cosa de la que carecen los seguidores de Stalin y los de Hitler. Eso lo sabe muy bien Esparza, uno de los pocos escritores españoles de hoy que logran ver las hierofanías allí donde se producen y no sólo donde tienen que producirse.

Por eso esta novela, además de ser una alegoría política del presente y barrunto del futuro, y un relato de aventuras, y una historia de amor, y una descripción, a veces cómica, de la estupidez suicida del género humano, es una búsqueda de lo sagrado. El que esa búsqueda, como en la épica clásica, pero con formas estilísticas modernas, incluya persecuciones, batallas, conjuras, traiciones y amores, hace que el lector la

lea con la rapidez y curiosidad que se tributa a las novelas que cautivan, categoría poco numerosa hoy.

El Marqués de Tamarón

PARTE I

EL DOLOR

LA PIRÁMIDE

El poder construyó su Pirámide sobre los escombros de la palabra “libertad”. Desde entonces nadie tiene derecho a invocar su libertad si no es bajo el estrecho control del poder. La mayoría de la gente se ha resignado a este lazo que protege y ahoga a la vez. Nadie está a salvo; nadie está seguro fuera de la sombra de la Pirámide. Aquí ser libre significa obedecer; el desobediente queda proscrito como enemigo de la libertad. Todos han de moverse al ritmo que marca la gran máquina y todos han de hacerlo en nombre de la libertad. Y sin embargo, a veces surge aún algún destello que en los lugares más insospechados, incluso dentro de la Pirámide, devuelven el brillo de la libertad auténtica, aquella que no necesitaba reverencias.

Román leyó:

“El Dolor nos aflige y nos ennoblece. Nos eleva a las más altas regiones de la conciencia y nos hunde en los abismos más profundos del

espíritu. Ilumina con luz cruel los grandes secretos y vela, piadoso, los límites del conocimiento. Nada seríamos sin el Dolor. Todo lo somos gracias a él. Cae sobre nosotros como una sombra que nos devora. Cubre palacios y arrabales, cumbres y grutas. Nos cubre. Quien contra el Dolor se rebela, sufrirá la dentellada de la derrota. Quien logra en él arrojarse como con un manto, podrá levantar el velo de la gloria”.

Román cesó la lectura con un gesto cansado. Cerró el libro. Cerró los ojos. Cerró las manos sobre el viejo volumen de un tiempo remoto. Frente a él, el Doctor Galés dejó escapar un suspiro.

—El Dolor... ¿Sabe usted, Román?

El Doctor Galés se inclinó sobre la butaca y, con exagerado aire de confidencialidad, se aproximó a su joven subordinado. El gesto parecía una excusa para capturar alguno de los apetitosos dulces hurritas que adornaban la mesa. Devoró uno de un bocado. Sin cambiar de postura, prosiguió:

—En una ocasión, antes de la Reforma, durante las campañas militares que pusieron fin a la Mutación, tuve la oportunidad de conversar con un viejo mago sildavo, un tipo que parecía haber salido del tiempo. Y este mago me dijo lo siguiente: “El Dolor es inevitable e irrenunciable”. Esa es la sabia lección de los siglos que nuestro hermoso orden, sin embargo, se ha apresurado a olvidar.

Pensativo, como si tratara de reconstruir mentalmente la escena de su encuentro con el anciano sildavo, el Doctor Galés, Jefe del Departamento de Consultores y Hermeneutas de la Pirámide, se arrellanó en la butaca, estiró las breves piernas y fijó la vista en el techo. Atardecía. La cámara de Román, escenario de la conversación, dibujaba un espacio extraordinariamente apto para las confidencias: pequeña, confortable y sencillamente amueblada, rústicas moquetas beduinas tapizaban con vivos colores el frío suelo de piedra. Pese a hallarse en el interior de la Pirámide, daba la impresión de que cuanto allí se dijera jamás podría escapar de esas cuatro paredes. Como una Cámara del Secreto dentro del vientre del dragón.

Desde el amplio ventanal se divisaba el interminable embudo de la Ciudad: el titánico cráter convertido en urbe, los bloques de hormigón que por miles se apiñaban en sus faldas, las agujas metálicas que se alzaban hacia el cielo como espinas de un erizo feroz, la infinita, redonda y opresiva superficie urbana de Cosmópolis, cuya periferia triste y miserable se perdía en el horizonte, borrosa como un llanto invisible. Abajo, en las calles, una masa ebria de júbilo festejaba el aniversario

del Presidente. Al otro lado de la puerta iba y venía la servidumbre: los camareros polacos, las danzarinas nubias, los guardias bosquimanos... Su trasiego anunciaba que la Pirámide iba a vestirse de gala para tan señalada ocasión. Pero Galés, ajeno al ruido, se mantenía recostado en la butaca, la mirada perdida en algún lugar del techo, quizá más allá de él.

—Quien consiga definir la esencia de este Dolor, su naturaleza profunda, habrá resuelto el problema vertebral de la Ciudad, que es un problema político, es decir, un problema espiritual —aseveró el Doctor—. Pero eso es tal vez demasiada proeza para los frágiles corazones de Palacio, tan subordinados a las soluciones técnicas: eso que ellos llaman “ciencia” nunca es más que un mero manejo habilidoso de ciertos complejos aparatos.

—Aparatos que, sin embargo, nos vigilan —musitó Román paseando la mirada por su propia habitación—. Aunque usted eso ya lo sabe.

Era preciso, sí, tener cuidado. En la Pirámide siempre era preciso tener cuidado. Aunque no hubiera sido fácil decir si aquel imperativo afectaba más a Román o al Doctor. Que Galés había pertenecido a alguna sociedad secreta antes de la Mutación resultaba obvio: su capacidad de penetración detrás de lo sensible se hallaba muy por encima de la chata perspectiva que caracterizaba a los demás funcionarios. El Doctor tenía, pues, algo importante que ocultar. Y sin embargo, ocupaba un puesto de relevancia en la estructura burocrática de la Pirámide. Galés, con su medio siglo a cuestas, parecía guardar el secreto de la supervivencia: entre sus próximos nadie acertaría a explicar cómo aquel hombre, abiertamente tibio en materia doctrinal, seguía contando con la confianza del Presidente. Román lo atribuía a la proteica personalidad del Doctor: tan pronto parecía un soldado como un sabio, un gris funcionario o un brillante vividor. Su propio aspecto físico, y especialmente su rostro, ayudaba a ello. Román podía observar, tras ese rotundo mostacho pelirrojo que empezaba a ser gris, las arrugas verticales que cruzaban las mejillas redondas del Doctor y el hondo surco trazado en el entrecejo: las huellas que en el rostro deja el haber gozado mucho, pero también el haber intentado comprender; huellas que ahora se contraían, incómodas, por efecto del estrépito que ascendía desde la calle y que anunciaba el buen humor del pueblo.

—Ríen —suspiró Galés—. Pero si miran en su interior, lloran. Su esterilidad... El Dolor...

Esterilidad. Ese era el gran drama de Cosmópolis, la nube que eclipsaba todos los corazones: la esterilidad universal de hombres y mujeres, el dolor que la esterilidad producía y el ansia desesperada de erradicar ese dolor, de evitar lo inevitable. El Gran Dolor. Los tecnólogos aliviaban en cierta medida los sufrimientos físicos de la población, pero en este terreno, como en otros donde la técnica había extendido su manto, cada nuevo avance material traía consigo un aumento de los sufrimientos espirituales. El sistema trataba de paliarlo mediante la atención personalizada al ciudadano: el Cuerpo de Terapeutas se había convertido en uno de los más poderosos de la Administración y el Estado incrementaba sin cesar los fondos a él destinados. Sus logros, no obstante, distaban mucho de ser un éxito: las técnicas de reproducción artificial habían conseguido resolver parcialmente el problema matemático del retroceso demográfico, pero a costa de redoblar el sentimiento de impotencia de los habitantes de la Ciudad. La zozobra causada por la esterilidad se había adherido a ellos como un cruel parásito. Centenares de mujeres eran martirizadas durante años en las clínicas oficiales hasta obtener de ellas una fecundidad precaria. Ya sólo las últimas oleadas de inmigrantes nubios y beduinos procreaban de forma natural. Todos los demás, desde los cosmopolitanos hasta los primeros inmigrantes hurritas y la chusma frigia, habían caído víctimas del extraño mal de Cosmópolis. Un mal que no se manifestaba en dolencias externas, sino en profundos desarreglos interiores. Tal era el problema, y ni siquiera la administración legal de drogas permitía suavizar el fenómeno. A diferencia de los viejos sildavos, cuya ética les imponía cubrir el dolor físico con una expresión de serenidad espiritual, los cosmopolitanos ofrecían el aspecto de un cuerpo vigoroso poseído por una tristeza infinita. De ahí que entre el pueblo se despertara el interés por los viejos cultos religiosos, como aquel de la Diosa Madre que predicaba la vidente Leonor y que prometía una era nueva de fecundidad, y también por los curanderos sildavos, aquellos que el rumor hacía habitar en los bosques de Lo Abierto y que, según se decía, curaban con la Palabra. No pocos cosmopolitanos habían sido sorprendidos cruzando la frontera prohibida en busca de sanación. Y su número se había multiplicado en los últimos tiempos.

—Los sildavos... —susurró Galés, como si hubiera seguido el hilo de los pensamientos de Román—. Ha pasado mucho tiempo desde que todo su pueblo fue obligado a salir de la Ciudad, tras la Mutación. ¿Qué sabe usted de ellos, mi querido muchacho?

Román observó a su jefe con cierta perplejidad cómplice. Los sildavos eran el gran tabú de la vida pública de Cosmópolis, los enemigos de la libertad por antonomasia, la encarnación del Mal, como no se cansaba de repetir la Omnipantalla. Los dos sabían que se estaban acercando a un asunto peligroso, uno de esos lugares prohibidos que nadie podía violar en la Pirámide: correr el velo del misterio significaba dejar al desnudo una larga cadena de crímenes de horrenda memoria. Galés advirtió la renuencia de su pupilo y movió las manos como tratando de disipar la niebla de la duda:

—Vamos, vamos... Estamos solos y no nos escucha nadie. Usted sabe que puede confiar en mí.

El Doctor jugaba bien sus cartas: Galés se había convertido en la única persona en la que el joven consultor podía confiar. Sólo él sabía de dónde venía Román: su iniciación adolescente en los misterios de la Orden de Nigromontano, su pasado miliciano en las guerras civiles, su ingreso casi clandestino en la burocracia de la Pirámide, su trabajo en el Departamento de Consultores, su disidencia nunca manifestada pero fácilmente perceptible para un ojo atento... El joven se decidió a hablar:

—Sé lo que aprendí y lo que vi. Los sildavos, una suerte de comunidad mística, fueron los dueños de la Ciudad hasta la época de las Grandes Migraciones. Muchos de ellos tomaron parte en los sangrientos desórdenes que marcaron los años de la Mutación. Por ello fueron condenados y desterrados... o ejecutados. Y quienes lograron escapar viven en Lo Abierto, más allá de los bosques del Norte, donde no llega el poder de Cosmópolis.

Galés asintió. En la desdicha de los sildavos residía la memoria prohibida de Cosmópolis: antiguos regentes de la Ciudad, desplazados en su propio mundo por las vigorosas masas de inmigrantes y acosados por sus propias creaciones técnicas, arrojados en la irresoluble contradicción de la supervivencia, terminaron formando una casta minoritaria, poderosa, pero condenada a la extinción. La Mutación significó su hora final. No todos supieron afrontarla con honor: muchos prefirieron un exilio pactado. Grupos más o menos numerosos de sildavos se instalaron así en el extramuro de la Ciudad, en la gran llanura del Sur. Contra ellos se iba a dirigir tanto la ira espontánea de las turbas como las expediciones de castigo de los nuevos amos de Cosmópolis. Muchos sildavos prefirieron la muerte antes que abjurar de la fe de sus padres. Lo que les movió al martirio no fue la fidelidad a esa fe, sino

la fidelidad a los padres. Así concluyó, ahogada en sangre, la utopía de quienes pretendieron empezar de nuevo. Pero otros sildavos se habían marchado aun antes: eran los disidentes, aquellos que se opusieron al poder y por ello sufrieron destierro en los bosques septentrionales. Aquel prematuro exilio, fruto de la rebeldía ante sus propios hermanos de sangre, les salvó la vida. Como ocurre con frecuencia, vivir peligrosamente había terminado siendo la opción más segura.

Galés miraba atentamente a su joven pupilo; más que escuchar, daba la impresión de que estaba tratando de penetrar en los pensamientos de su interlocutor. Porque el recuerdo de los largos ocho años que duró la Mutación despertaba en Román todos los fantasmas de su pasado, aquéllos que nadie debía descubrir. La primera manifestación de la Mutación fue de carácter religioso: las turbas saquearon los viejos templos que habían logrado sobrevivir a la confusión de las Migraciones. De ahí arrancó la persecución sufrida por la Orden de Nigromontano, que culminó con el asesinato de sus maestros y de no pocos discípulos. Todo cuanto vino después se mantenía aún en la memoria de Román con el vértigo borroso de un mal sueño: la fuga a través de los bosques helados, el exilio y el retorno, el alistamiento anónimo y desesperado en cualquiera de las numerosas milicias ciudadanas que se disputaban el poder, los sanguinarios combates en las calles y una oportuna herida que después, ya en tiempos de paz, le permitió reconstruirse un expediente políticamente correcto, adaptarse a la nueva era e ingresar en la Administración de la Reforma Global. El Consultor sintió un agudo pinchazo en la parte posterior del hombro izquierdo: la vieja herida despertaba de vez en cuando para recordarle que no había que bajar la guardia. Y Galés advirtió por primera vez que la reserva de Román no era tanto una trinchera contra el mundo exterior como una defensa contra sí mismo, contra los propios recuerdos. El Doctor se limitó a completar su relato:

—... Pero, según el Arcipreste, algunos supuestos descendientes de aquellos sildavos permanecen en la Ciudad, de forma ilegal pero tolerada, practicando su magia en los subterráneos de los barrios industriales. ¿Nunca se ha preguntado usted cómo han logrado sobrevivir a las persecuciones?

El rostro ancho y cuadrado de Galés, levemente redondeado por una vida de placeres, adoptó un aire entre inquisitivo y zumbón. Tras la Reforma Global, que puso fin a la guerra civil, la fragmentación del paisaje espiritual no sólo multiplicó los credos, sino que también había abarrotado las capillas de los teósofos y los astrólogos; su charlatanería llenaba

la imaginación de los cosmopolitanos. El poder los toleraba sin esfuerzo e incluso estimulaba algunas de sus manifestaciones, sobre todo las más disparatadas, cuya extravagancia había conducido a aquellos impostores desde lo espiritual hasta lo espectacular: a todas horas era posible ver, en cualquier canal de la Omnipantalla, a algún iluminado predicando la magia de los electrodomésticos o proponiendo la adivinación del porvenir mediante la lectura del vello corporal. El bazar de la superchería se expandía con el consiguiente alborozo del pueblo. Por el contrario, las capas más profundas del espíritu se veían condenadas a una existencia clandestina. Y presidiendo la operación se alzaba, todopoderosa, la Iglesia de la Solidaridad, bajo el báculo despótico del Arcipreste.

El jefe esperaba una respuesta inteligente. Román optó por la confidencialidad profesional:

—Si he de serle sincero, Doctor, siempre me extrañó que hace tres meses, cuando nos llegó la primera investigación sobre la vidente Leonor, la policía pusiera más empeño en las actividades del culto de la Diosa Madre que en las prácticas mágicas de esos supuestos sildavos. Al fin y al cabo, los sildavos siguen siendo los enemigos de la Pirámide, pero Leonor no parece ser sildava. Bien es cierto que los prodigios de Leonor han hecho gran mella en el pueblo, mientras que estos curanderos sólo cultivan artes menores. En alguna ocasión llegué a preguntarme si en verdad son lo que dicen ser o si, simplemente, utilizan esa presunta ascendencia como un mero reclamo comercial.

La permanente sonrisa de Galés se ensanchó, satisfecha:

—Está usted rozando el meollo de la cuestión. Pero estoy seguro de que no sólo se planteó la pregunta, sino que también aportaría su propia respuesta.

Algo en el gesto de Galés le recordó a Román la actitud del gato que juega con un ratón antes de devorarlo. El Doctor se agachó para engullir otro dulce. En todo caso, la opinión del joven Consultor sobre aquella operación policial no era ningún misterio: él mismo la había expresado en el informe final que remitió a la Secretaría de Seguridad. Y el propio Galés la había firmado:

—Usted ya leyó mi informe. Nadie ignora que esos curanderos apenas son una pálida sombra de los verdaderos sildavos...

Galés le interrumpió con un gesto de la mano y cerró los ojos como quien hace memoria:

—“... Un eco lejano y en cierto modo desdichado de aquel misterioso saber”. Esas fueron sus palabras exactas, ¿verdad? Hermosa sentencia. Y astuta: por una parte, apuntaba usted la posibilidad de que esos chalados fueran unos simples impostores; por otra, se mantenía usted dentro del lenguaje oficial, en el que todo enemigo ha de ser genéricamente sildavo. Pero usted y yo sabemos que Leonor, por el contrario, cura con la Palabra, como los verdaderos sildavos. Usted lo entendió muy bien. ¿Y por qué cura la vidente? —Román hizo amago de contestar, pero ya el Doctor se estaba contestando a sí mismo:— Nuestro sistema se ha edificado sobre la negación del Dolor. Ahora bien, el Dolor persiste: “Es inevitable”, como me dijo el viejo mago. Ni estos supuestos sildavos de segunda categoría ni los centenares de santones y astrólogos que pueblan los barrios de la periferia pueden nada contra él, y por eso la Iglesia de la Solidaridad los tolera. Por el contrario, esa Diosa Madre de Leonor, al igual que lo hicieron los antiguos sildavos, enseña a vivir con el Dolor, a convertirlo en una energía positiva para nuestras existencias... lo hace “irrenunciable”. Y no sólo eso, sino que los prodigios de la vidente han logrado sanar numerosos casos de esterilidad.

—¿Cree usted en los milagros, Doctor? —preguntó Román.

—Los milagros son lo único irrefutable que hay en cualquier religión. Y los de Leonor son muy ciertos. Pero me permito subrayarle, mi querido muchacho, que todo portento ofrece siempre dos rostros: el vulgo se conforma con aprehender lo maravilloso, pero el sabio va más allá y, aun sin fe, los contempla como señales, anuncios de algo todavía más hondo. Verá usted: hay espíritus que, al contacto con el misterio, se contentan con experimentar un vago estremecimiento. Tal actitud denota ya una cierta sensibilidad, pero ésta se agosta si se limita al estremecimiento mismo: nada lo distingue del escalofrío que recorre las espaldas infantiles bajo el efecto de un cuento de terror. Al contrario, la verdadera tarea empieza más allá del estremecimiento: se trata de abrir corazón y mente al misterio para penetrar en sus significados. Por supuesto, tal tarea puede llevar toda una vida, pero es esta última actitud la que a mí me interesa. En el caso que nos ocupa, los prodigios de Leonor son indicio de que estamos ante fuerzas que escapan al control del orden, y no me refiero sólo al orden político, sino a las artificiales reglas que rigen nuestra vida en esta Ciudad.

—Si el Arcipreste le oyera, Doctor, le llevaría ante los tribunales por proponer el retorno de los dioses.

—No creo que los dioses gocen con nuestro dolor, ni que lo provoquen, ni siquiera que lo presidan. Pero tampoco que lo amortigüen, que lo atenúen. En el placer, sí: ahí ellos llegan y reivindican su derecho. Pero no en el dolor; en este campo hemos de habérnoslas solos. Sin embargo, la figura de las Madres... Fíjese usted, por ejemplo, en las prácticas curativas de los artesanos de la Palabra: no recurren a la química, sino que sanan la esterilidad mediante la aplicación de cataplasmas de arcilla sobre los vientres infértiles. Arcilla, ¿se da usted cuenta?: la tierra, la madre, la fecundidad... Todo es uno, o mejor dicho: todo se hace uno en sus manos. Y al establecer tales conexiones espirituales, que escapan a la lógica mecánica del tecnólogo, el culto de la Diosa Madre viola todos los principios filosóficos sobre los que se asienta el poder en la Ciudad. Casualmente, cuantas más noticias llegan sobre esas milagrosas curaciones, más se intensifican las investigaciones policiales del Arcipreste. Creo que el Arcipreste pretende aplastar a esa mujer...

Galés, que se había ido crispando a medida que completaba su relato, hizo un gesto extendiendo la mano abierta, una mano delicada y pequeña que dejó caer sobre el brazo de la butaca, como si estuviera aplastando a Leonor, aunque de su tono podía deducirse que prefería aplastar al Arcipreste. De pronto sostuvo una breve pausa; a Román le pareció que el Doctor temía haber sido demasiado explícito. Galés entrelazó las manos en ademán pacificador y continuó:

—Hizo usted muy bien al dejar de lado esta cuestión en su informe. Aunque otros extremos que usted detallaba bastaron para dar que hablar al Consejo durante cuatro semanas. Especialmente aquella alusión suya a determinados mandos policiales que hacían la vista gorda con los curanderos a cambio de ciertos favores personales: un oportuno conjuro contra alguna esposa infiel, la curación mediante brebajes y pócimas de un hijo enfermo, la generosa distribución de talismanes destinados a favorecer la fortuna o la potencia sexual... ¿Sabe usted cuántos enemigos se ganó en la Secretaría de Seguridad con aquel informe?

Galés adoptó un aire de bonachona reprobación. Nuevamente se inclinó sobre la mesilla y de un sólo bocado devoró otro dulce hurríta. Luego, tranquilizador, continuó:

—Pero también obtuvo la confianza del Directorio, lo cual, en las actuales circunstancias, no es poca cosa.

Román se creyó obligado a terciar, cortés:

—Con haber obtenido su confianza, Doctor, me doy por satisfecho.

Galés asintió con un gesto afirmativo que no ocultaba cierta camaradería. A partir de aquel informe, ambos habían entablado una discreta amistad que se exteriorizó, ante todo, en el trato: el jefe suprimió el tuteo, que era norma oficial en el lenguaje político y administrativo, y lo sustituyó por la tercera persona, un “usted” que en el ambiente vulgar de Cosmópolis se había convertido ya en contraseña de quienes aspiraban a una vida de rango superior. El Doctor había estimado mucho el tono franco del trabajo de Román, pero especialmente le había interesado la forma en que el joven Consultor callaba sobre determinados extremos que habrían puesto en un serio aprieto a todo el Departamento. Su obligación profesional era decir la verdad, pero en la atmósfera de delación que se respiraba en la Pirámide siempre resultaba aconsejable guardar ciertas cartas en la manga. Mostrar un exceso de conocimiento podía ser peligroso, sobre todo si ese conocimiento se refería al enemigo interior. Galés, con la mirada ausente, pronunció algunas palabras que en realidad parecían dirigidas a sí mismo:

—Vivimos tiempos complicados, tiempos en los que es muy difícil quedar al margen del torbellino de las luchas del poder. Cuando uno menos se lo espera, viene una de estas olas y te arrastra. Y entonces te encuentras metido de lleno en cualquiera de los bandos en liza, lo cual –sonrió el Doctor– se traduce siempre en una mengua de las expectativas vitales. El conflicto entre el Presidente y el Arcipreste ha entrado ya en esa categoría de sucesos.

Nadie podría decir si el pueblo sospechaba algo, pues su imagen del mundo se reducía a las muy ortodoxas puestas en escena de la Omnipantalla, pero en la Pirámide todos sabían que el conflicto entre el Presidente y el Arcipreste estaba alcanzando niveles críticos. Galés tenía razón: aquellas dos esferas contradictorias giraban con tanta violencia que era imprescindible mantenerse a distancia. Román no necesitaba que le insistieran mucho sobre este punto: “distancia” era precisamente la palabra que mejor podía definir su actitud personal y política. Su condición de funcionario especializado de segundo rango le mantenía alejado de las luchas por el poder, pues nadie envidiaba su puesto, y le permitía sobrevivir sin tener que someterse a las presiones del Movimiento del Progreso o de la Iglesia de la Solidaridad. Esa inhibición, en la medida en que podía interpretarse como apatía, no dejaba de despertar recelos en los pasillos de Palacio, porque los miembros de cada uno de los bandos temían que perteneciera al campo contrario. La naturaleza reservada de su carácter infundía aun más sospechas. Pero tales

recelos, a la larga, le beneficiaban: nadie trataba de intimar demasiado con él, y esa forzosa marginación le permitía ocultar la gran llaga que estaba atormentando su alma: la zozobra, el dolor de la disidencia. Porque aquel antiguo novicio, aquel viejo soldado, aquel probo funcionario era un disidente.

Todas las noches, en la soledad de su Cámara, a Román se le planteaba un irresoluble dilema existencial: huir de la Ciudad para volver a ser libre, o permanecer en ella y engrosar las filas de quienes aspiraban a una salvífica pero improbable restauración. “No hay vida moral fuera de la Ciudad”, decían los viejos maestros de la Orden de Nigromontano. Y sin embargo, ¿qué clase de existencia moral sería posible en aquella Pirámide edificada sobre la mentira y el crimen? ¿Cómo aspirar a una vida buena y recta cuando todo alrededor es funesto y maligno? Aun así, había otras cosas que era preciso tener en cuenta. Por ejemplo, las obligaciones del linaje. “Nobleza obliga”, decía el pueblo antes de convertirse en masa bajo los efectos de la Mutación. Y a Román, como a todos los discípulos de Nigromontano, el linaje espiritual que la Orden imprimió en su alma le obligaba a afrontar los azares de la vida desde perspectivas donde las consideraciones individuales debían ser desdeñadas. Así las cosas, su huida, de ser posible, no podría limitarse a una mera fuga en pos de la salvación personal, sino que habría de venir movida por un deseo de reconquista. Y tan ambiciosos objetivos —sentía Román— superaban con mucho sus limitadas capacidades.

Sólo el Doctor Galés parecía haber adivinado aquella misteriosa potencia que se escondía en el fondo de la meticulosa y precisa reserva profesional del joven Consultor. Pero lo más notable era que Román no experimentaba temor alguno ante ese acercamiento; algo le decía que Galés no era de esos que gritan a los cuatro vientos cuando han desvelado un secreto. Más bien le daba la impresión de que el enigma personal del propio Galés revestía características semejantes al suyo, aunque su disidencia se expresara en un plano diferente. ¿En qué plano? Lo ignoraba. Pero no tardaría en averiguarlo.

El Doctor volvió a mirar a Román a los ojos mientras movía las manos como quien acaricia una esfera:

—Por eso nuestro trabajo exige una prudente reserva, una exquisita delicadeza al abordar los puntos sensibles del sistema... Y una aguda capacidad para reconocer aquellos terrenos donde uno se halla a salvo.

La mirada de Galés se había paseado por la cámara de Román como si ésta fuera uno de esos terrenos seguros. Román agradeció el detalle: en un ambiente de guerra permanente, siempre era agradable encontrar sólidos refugios; aunque, como en este caso, tal terreno ajeno a las hostilidades reposara sobre un frágil equilibrio donde lo no dicho importaba más que lo manifiesto. Luego Galés consultó la esfera negra de su costoso reloj de pulsera, sintonizado con la hora que dictaba el Cerebro Atómico; devoró otro dulce y se puso en pie:

—Pero ya es la hora. La fiesta de Su Potencia el Presidente va a comenzar. Y no querrá usted que nos señalen con el dedo por llegar tarde, ¿verdad?

A Román le pareció admirable la forma en que aquel hombre bromeaba: era como si un funambulista se detuviera a contar chistes justo en la mitad de su alambre, en el punto más vertiginoso de un abismo mortal.

*

La inmensa sala de ceremonias del Consejo brillaba completamente iluminada. Aquel lugar, habitualmente oscuro y desierto, se hallaba hoy tomado por una inquieta muchedumbre que se agitaba bajo la imponente luz de las altas arañas. El aniversario del Presidente había congregado allí a toda la elite de la Ciudad. Desde los grandes ventanales de la terraza, cuya vista se abría al exterior sobre la Avenida Mayor de Cosmópolis, podía contemplarse el espectáculo de las masas entregadas al festejo: una multitud enmarañada de colores y griterío. Pocos minutos antes, el propio Presidente se había asomado al balcón para agradecer al pueblo su fidelidad. Durante dieciocho años los ciudadanos de Cosmópolis le habían reelegido una vez tras otra. Dentro, en la gran sala redonda circundada por elevadas columnas de confusa decoración, charlaban y reían quienes eran al mismo tiempo artífices y principales beneficiarios de aquel milagro de estabilidad política, la elite del sistema, esa plebe dorada a la que un apologeta bautizó una vez como “la Gente de Bronce” y que desde entonces se hacía llamar así: los financieros, los grandes industriales de los oligopolios, los reyes del combustible y de la industria aeroespacial, los magnates de la industria médica y del ocio, los príncipes de la genética, los dirigentes sindicales, los telepredicadores de la Iglesia de la Solidaridad, los grandes comunicadores de la Omnipantalla... y también los fieles funcionarios del Movimiento del Progreso, el partido del consenso, cuya burocracia había logrado controlar desde hacía tiempo hasta el último rincón de la

Ciudad y cuya mano no era ajena a la explosión de júbilo popular que afuera se desataba.

Anunciada por una salva de aplausos de la Gente de Bronce, la figura corpulenta del Presidente apareció entre una cegadora nube de destellos fotográficos y focos de televisión. Pocos conocían su verdadero nombre: para los cosmopolitanos era, simplemente, el Presidente. Esa deliberada supresión de su identidad personal, tenazmente esculpida por la propaganda, le había acompañado desde el principio de su carrera. Empezó muy temprano: hijo de inmigrantes en la gran urbe, se dio a conocer como abogado de causas no siempre brillantes, pero de inmediata repercusión pública; entonces comenzó a hacerse llamar *El Letrado*, como si no hubiera más en la Ciudad. Después, durante las guerras urbanas de la Mutación, formó su propia Milicia y se hizo llamar *El Capitán*. Tribuno de los barrios industriales, protagonista de la Reforma Global, el sobrenombre de *El Capitán* lo acompañó hasta que fue elegido Presidente. Y entonces pasó a ser, naturalmente, *El Presidente*.

Román asistía al espectáculo en pie, inmóvil, la espalda apoyada en una de las altas y gruesas columnas que rodeaban la sala. Galés se erguía a su lado, firme, muy tieso, dirigiendo corteses miradas a sus numerosos conocidos y untuosas inclinaciones de cabeza a las damas. Mujeres enjoyadas fumaban ostentosamente, y al chupar el cigarrillo con los labios negros de maquillaje conferían a sus bocas un aspecto deforme y desmedido, como el de aquellos extraños peces que Román había descubierto en los libros de su infancia. Los hombres de Bronce acudían solícitos, en apresurado orden, a estrechar la mano del anfitrión. El Presidente sonreía. El bisturí de los cirujanos había dibujado en aquel rostro una especie de sonrisa perpetua donde los dientes, blancos y asombrosamente regulares, actuaban al mismo tiempo como tarjeta de visita y como bendición del poder. Los ojos levemente oblicuos, algo achinados, y la nariz chata y respingona le procuraban un aire de vulgaridad que sin duda no era ajeno a su éxito político: las masas se habían reconocido en él, y al elevarle a la dignidad de Caudillo lo habían hecho con la certidumbre de consagrar a uno de los suyos. Tal rasgo de vulgaridad esencial no había pasado desapercibido para los talentos de la mercadotecnia política. Tampoco para los consorcios económicos que, de forma bastante poco discreta, movían los resortes del poder en Cosmópolis desde la Reforma Global. La voluntad popular había otorgado el poder a quien ya había sido designado por los verdaderos poderosos; el poder de todos, la integridad de sus pequeñas

o grandes parcelas de dominio, dependía de que en todo momento se supiera mantener la gran ficción.

El Presidente, sí, sonreía. Para quienes estaban en el secreto, cual era el caso de Román y Galés, había algo consternante en aquella forma de saludar y ser saludado: las reverencias de los banqueros y los industriales llevaban implícita una amenaza burlona, un “estás aquí porque eres nuestro”, pero en la mirada de Su Potencia se dibujaba otra amenaza paralela, un “guardaos de mí, porque en cualquier momento puedo haceros pagar todas las humillaciones que he sufrido”. Ellos, los hombres de Bronce, le habían elevado al poder, pero fue él quien tuvo que abrirse camino a machetazos cuando era un simple abogado de barrio: un soborno aquí, un chantaje allá, una oportuna filtración a la prensa en este otro lado. Fue él, y no ninguno de aquellos notables, quien dejó atrás toda prudencia y montó un pequeño ejército cuando las cosas se pusieron mal, del mismo modo que fue él quien se manchó las manos de sangre para suprimir los obstáculos con que se topaba la Reforma Global. Y también fue él, en fin, quien tuvo que hundirse en el barro hasta la cintura para ganarse la anuencia del Arcipreste y su Iglesia de la Solidaridad, la nueva iglesia de la muerte de Dios. Así que ya podían tener cuidado aquellos pequeños caciques del dinero y las influencias: el viejo león estaba dispuesto a sacar las garras de nuevo.

Consciente de hasta qué extremo su presencia irritaba al Presidente, Su Fraternidad el Arcipreste no había perdido la ocasión de dejarse caer por el festejo. Allí estaba: alto, estirado, flaco, apoyado en su inseparable báculo negro, mirando al personal de Palacio y a la Gente de Bronce con unos ojos estrechos como dos grietas que condujeran a mortales profundidades. Bajo la ostentosa mitra arciprestal, el pelo enhiesto, aún negro y duro, peinado hacia atrás, le dibujaba una cresta semejante a la de un pájaro; la nariz fina, larga y encorvada acentuaba ese parecido avícola. A la cabeza visible de la Iglesia de la Solidaridad los años no se le habían cargado en la espalda, sino que se le habían deslizado sobre la piel grabando surcos verticales como los que el agua talla al caer sobre la roca. Bajo la carne gastada de las mejillas se adivinaba con claridad, en el lado derecho del cuello, un bulto de aspecto poco grato. El Arcipreste, para dar a entender que se trataba de una herida de guerra, tendía a llevarse ahí la mano cada vez que hablaba de las sanguinarias batallas de la Mutación. Pero todo el mundo sabía que ese bulto, como otros muchos adheridos a los cuerpos de los cosmopolitanos, era simple consecuencia de un exceso de radiación en la atmósfera. Su Fraterni-

dad trataba de disimularlo con una aparatosa estola, pero nunca pasaba desapercibido: grueso y escandaloso, el tumor siempre terminaba asomando la cabeza y reclamando sus derechos, como azarosa síntesis de la podredumbre que aquel hombre almacenaba bajo su aspecto de inmaculada honorabilidad.

Ahora, con la cabeza levemente inclinada sobre el lado del tumor, el Arcipreste saludaba a los invitados. La fiesta era del Presidente, sí, pero el Arcipreste encarnaba la autoridad moral de la Ciudad; era preciso, por tanto, estar allí, y su participación en el festejo no podía ser la de un invitado más, sino que había de considerarse como una sanción efectiva de la Iglesia de la Solidaridad en beneficio del homenajeadó. Igualmente, el protocolo había de ajustarse a tal intención: no estaba, pues, el Arcipreste en la línea de los anfitriones, sino fuera de ella, pero todos debían ver su sombra protectora junto al Presidente, y por eso había exigido colocarse tres pasos a su derecha y un paso atrás. De este modo, cuando el invitado cumplimentara al Presidente y a su esposa, habría de pasar necesariamente delante del Arcipreste. Y Su Fraternidad despediría al invitado con esa sonrisa que sólo él sabía administrar, esa sonrisa que, en imperceptible oscilación, al mismo tiempo decía “has pecado” y “te perdono”. El Arcipreste sabía que con ese gesto reforzaba su poder, y no sólo por el hecho de su presencia, sino sobre todo porque ésta despertaba en el Presidente una irreprimible inquietud. Así habían sido las relaciones entre aquellos dos hombres desde el principio de los tiempos: una alianza teñida por un odio soterrado que continuamente amenazaba con convertirse en guerra abierta. Y a muerte.

El Presidente estrechaba manos como un autómatá programado para la simpatía. Lo hacía con ademanes seguros, enérgicos, dejando sentir su fuerza. A su lado, su esposa se mantenía en un estudiado segundo plano. La gente la llamaba “la Dueña”, y era la primera vez que Román la veía desde tan cerca. Sin duda había sido una hembra hermosa: alta, de cuidada cabellera negra, con una silueta excelente y un rostro bien proporcionado donde la nariz, que apenas superaba en un par de milímetros el canon, aportaba un toque suplementario de personalidad. Pero los acontecimientos no habían pasado en balde sobre aquella mujer: algo secreto hablaba en el rostro artificialmente terso, en los pómulos de una perfección metálica, en las mejillas severas, en el cuello siempre altivo, en los hondos cercos de los ojos, y también en el movimiento preciso y mecánico de las manos, de una armonía inhumana, donde uñas inusualmente largas asemejaban garfios. Había allí, ciertamente,

muchos ecos de su pasada belleza, pero justamente la presencia de esos ecos hacía más patente el lento y sin duda doloroso proceso del envejecimiento; un proceso que la cirugía no había sido capaz de detener, pues no era sólo la edad la que había dejado la huella de su paso, sino que era sobre todo la ambición la que había escrito en aquel rostro con su áspero buril. Como la mayor parte de las mujeres de Cosmópolis, tampoco ella había tenido hijos, pero había adoptado a dos niños clónicos de la octava generación a los que mantenía internos en una costosa institución privada de enseñanza. Román, como todos en la Pirámide, sabía que marido y mujer no vivían juntos desde muchos años atrás. Ella aparecía siempre en los actos oficiales y en las campañas electorales prodigando besos y caricias a su esposo, pero en realidad la Dueña habitaba fuera de la Pirámide, en una suntuosa mansión donde vivía entregada a sus dos grandes pasiones: las formas menos sutiles del poder, que le habían permitido amasar una considerable fortuna, y su pequeña corte de sirvientas y amantes, en su mayoría adolescentes bosquimanas. El feliz matrimonio presidencial era otro grano de arena sobre la montaña de ficción que gobernaba Cosmópolis.

Cumplimentado el ritual del saludo, Román volvió a recostarse en su columna. Galés había desaparecido pocos minutos antes persiguiendo el macizo busto de cierta llamativa dama. “Mi querida niña”, había dicho atusándose el bigote; sacó del bolsillo un dulce hurríta, se lo ofreció a la señora y despidió a su pupilo con una mirada que quería significar algo así como “buena caza”. Ajeno a las conversaciones del gentío y a las locas carreras de los camareros polacos, Román se concentraba en las cinturas de las danzarinas nubias que animaban la fiesta desde lo alto de una historiada tarima improvisada en el centro de la Sala: en Cosmópolis, política y espectáculo se habían convertido ya en hermanos inseparables.

La muchedumbre de notables, la Gente de Bronce, se desparramaba por la estancia. El salón de columnas ofrecía el aspecto de un gigantesco hormiguero multicolor, pues ya habían quedado atrás los tiempos en que todo cosmopolitano debía vestir imperativamente el mismo uniforme: aquel “dos piezas” de cuello redondo y corte austero, ceñido al cuerpo, que nació en los tiempos revolucionarios. Tal atuendo, que pretendía ser símbolo de igualdad, se había impuesto entre los reformistas cosmopolitanos durante el periodo final de la Mutación, pero con los años, y a medida que el régimen se consolidaba, el Presidente fue abriendo la mano: primero permitió a los ciudadanos modificar a vo-

luntad el plumizo color del atavío; después encargó a un selecto equipo de diseñadores industriales la obtención de una gama de modelos que consiguieran otorgar a los individuos un aspecto idéntico, “sobre todo –subrayaba la orden– en lo interior”. La investigación duró varios años, pero finalmente se cubrió el objetivo: unas ropas que hacían a todos iguales por dentro aunque parecieran diferentes por fuera. El nuevo modelo se bautizó como *Uni-Forma* y su extraordinaria acogida entre el pueblo permitió abrir nuevos y grandes mercados.

El imperativo de la uniformidad no era un capricho del Presidente, sino que se remontaba a los grandes debates de la época de la Reforma Global. Fue entonces cuando se planteó la gran pregunta acerca de la estructura del poder: “¿Hemos de limitarnos a un gobierno de comunidades, o podemos más bien aspirar a un gobierno de multitudes?”, había preguntado el Burgomaestre Tobías. La respuesta flotaba ya en el aire de los tiempos. El gobierno de comunidades distintas, tal y como se había presentado bajo la dominación sildava, exigía atender a la diversidad del factor humano. Por el contrario, el gobierno de multitudes homogéneas llevaba implícita la reducción previa de tal diversidad a un sólo valor, a un sólo perfil, del mismo modo que el matemático reduce los diversos factores de un cálculo complejo a la homogeneidad y a la equivalencia. Nada hay más homogéneo ni predecible que una muchedumbre de individuos idénticos, sin distinción de familia, de raza, de credo, de lengua... Por eso la uniformidad, homogeneidad y equivalencia de las multitudes era la expresión natural de la política bajo el imperio de la técnica. De ahí arrancó la necesidad de transformar a las comunidades en multitudes, tanto en lo exterior como en lo interior –y “sobre todo en lo interior”.

El Presidente encontraba un insuperable goce estético–ideológico en la contemplación de aquellas masas ataviadas con su *Uni-Forma*: lo interpretaba como manifestación viva de que, en Cosmópolis, la igualdad se compenetraba con la libertad, lo cual venía a ser algo así como la cuadratura del círculo de la Teoría Política. Poco importaba que algunas otras manifestaciones de desigualdad, como las relativas al lujo, se mantuvieran; lo imprescindible era que las ropas exteriorizaran una misma cualidad interior. Y sin duda la exteriorizaba allí, entre aquellos hombres y mujeres de Bronce que sonreían y charlaban, unidimensionales, copa en mano, mientras las danzarinas nubias arrojaban una tras otra las leves gasas que envolvían sus cuerpos felinos.

De pronto, mientras una de las bailarinas se desprendía del último velo que ocultaba su pecho desnudo, hasta los oídos de Román llegó una carcajada fresca y suave que le empapó el alma como un violento chorro de agua cristalina. Miró hacia el lugar del cual provenía esa voz. Nunca antes había visto a aquella mujer. Ajena al espectáculo que se desarrollaba sobre la tarima, no parecía una funcionaria del gigantesco complejo presidencial: demasiado estilo, demasiado encanto. Su desenvoltura y su limpia sonrisa permitían descartar también la sospecha de que se tratara de la mujer de algún alto personaje invitado. Por otra parte, su actitud tampoco era la de una diaconesa de la Iglesia de la Solidaridad. Y, desde luego, sus ropas permitían excluirla de la restringida nómina de la Gente de Bronce: envuelta en una sedosa Uni-Forma blanca, con un amplio cinto azul que le ceñía el talle y la melena rubia sujeta por una pequeña diadema, tenía más bien el aire de una joven de mediana posición. Nada en sus ropas, modestamente ajustadas a la moda del momento, la distinguía de las otras jóvenes presentes; sin embargo, sus ademanes y su gesto indicaban a Román que no se trataba de una mujer común. Era muy joven; era muy bella. Y estaba empezando a ser verano. Pronto, la reacción espontánea de deseo que Román había experimentado al verla fue reemplazada por un creciente interés, una profunda curiosidad.

Los ojos del joven no podían apartarse de aquella grácil silueta. Entre la mirada y su objeto se había establecido una corriente intensa, casi sólida, inmune incluso a las mil figuras que continuamente se cruzaban entre ambos, como la de ese pequeño santón de largos cabellos blancos y túnica de azafrán que ahora, seguido por una legión de arrebatadas admiradoras, acababa de ocultar las hermosas formas de la desconocida. Súbitamente, la joven volvió el rostro. Román, un poco azorado, lo examinó atentamente. Nunca hubiera imaginado que esa melena tan rubia podía envolver unos ojos tan negros. Tan negros y tan duros. Ella clavó la mirada en él, apenas un momento. Fue entonces cuando Román escuchó que alguien se dirigía a la misteriosa joven con un nombre extraño:

—Ayesha...

¡Ayesha...! Un nombre insólito. Hacía ya mucho tiempo que la antigua sabiduría se había perdido, desde que la Iglesia de la Solidaridad decretó la extinción de la Historia y el veto sobre el Pasado. Pero los estudiosos, y Román era uno de ellos, custodiaban aún ciertos conocimientos que guardaban celosamente para sí por temor a verse comprometidos. Fueron esos conocimientos, almacenados en el fondo de la

conciencia, los que retornaron ahora para dictarle a Román un fragmento extraviado de alguna vieja lectura:

“El aliento de Ayesha es fragante como las rosas y el olor a rosas impregna sus hermosos cabellos. Su dulce cuerpo brilla como una perla blanca. Una débil pero palpable aura coronaba su cabeza. Ningún escultor creó jamás una maravilla como el brazo que sostenía su velo. Ninguna estrella brilló en los cielos con luz más pura que la de sus tranquilos y encantados ojos”.

Inútil esforzarse por recordar el origen de aquel texto. Tampoco sería posible acudir a la terminal informática de los Archivos del Saber para solucionar el enigma: éstos habían sido expurgados por las huestes del Arcipreste tras la Reforma Global. Respecto a la Gran Biblioteca, difícilmente le iban a permitir descender hasta ella por tan peregrino motivo. Con todo, el nombre evocaba un aliento de magia y cultos misticos. Sin duda la familia de aquella muchacha procedía de alguna remota secta y luego había conservado ese nombre sin conocer exactamente ni su alcance ni su significado. Así que Ayesha, lo supiera ella o no, era un jirón superviviente del viejo mundo. Como el propio Román. Un hermoso jirón, en cualquier caso.

La joven elevó las manos y con extremada delicadeza se acomodó el cabello tras las orejas; en la operación dejó al descubierto un cuello infinitamente bello, un busto firme y breve y una sonrisa prometedor. Román creyó enamorarse. Luego ella salió con su grupo: se iban.

Estaba empezando a ser verano, sí, y el aire, pese a haberse puesto ya el sol, guardaba la densidad del calor del día. Galés, entre la muchedumbre, bailaba con su “pieza”, la cual, con esa desenvoltura que caracterizaba a las mujeres de Cosmópolis, había puesto una mano sobre las bien guarnecidas posaderas del Doctor. Aprovechando el anonimato que confería la oscuridad, Román se lanzó en pos del grupo de Ayesha.

*

Román enfiló la avenida principal de Cosmópolis. Bajo la iluminación nocturna permanecían los restos del festejo: papeles, plásticos, latas, serpentinas de color... No cabía duda de que el Movimiento del Progreso había trabajado bien: su Presidente había tenido una buena fiesta de cumpleaños; el pueblo había bebido, bailado y también fornicado, a juzgar por los centenares de profilácticos que yacían exhaustos sobre el asfalto, esos mismos profilácticos que los postulantes de la Iglesia de la Solidaridad, siguiendo las estrictas órdenes del Arcipreste, repartían de casa en

casa todos los sábados y que recibían el nombre genérico de “asistencia social”, pues su misión no era ya obstaculizar la fecundidad –en Cosmópolis no había tal–, sino impedir la propagación de las numerosas enfermedades venéreas que las Grandes Migraciones habían traído consigo. “Para el buen cosmopolitano –había dicho Su Fraternidad– el sexo no puede ser un mero recurso lúdico, y menos aún una pasión ciega, sino ante todo una gimnasia higiénica de hondo contenido civil”. Y el pueblo, concienciado, obedeció la gimnástica consigna.

Desde la Reforma Global, la Iglesia de la Solidaridad, la iglesia de la muerte de Dios, se había convertido en la única confesión reconocida oficialmente por el sistema. Constituida inicialmente por organizaciones de talante caritativo y definida a sí misma como “religión laica de la humanidad”, sus portavoces fueron ennoblecidos por el poder mientras las turbas, espoleadas por la Omnipantalla, profanaban los antiguos templos y ejecutaban a los sacerdotes y sacerdotisas renuentes a aceptar la buena nueva. Así se produjo el relevo. Naturalmente, muchos de los viejos obispos aumentaron la confusión al bendecir el nuevo credo, quizá con la esperanza de que el mañana les reservara un pequeño lugar bajo el sol. Vana ilusión: mientras los gerentes de las organizaciones humanitarias se convertían en principal vivero de la nueva jerarquía espiritual, los antiguos ritos quedaron prácticamente extinguidos. La Iglesia de la Solidaridad, encabezada por el Arcipreste, se hizo con el control de la censura y de los servicios de asistencia social; incluso contaba con un pequeño ejército paraoficial de informadores y policías. Tales prerrogativas habían aumentado extraordinariamente su poder, pero, como sucedía en otros muchos ámbitos de la vida de la Ciudad, también aquí la podredumbre había comenzado por los escalones más altos: mientras miles de postulantes y centenares de predicadores de la Solidaridad desplegaban sus esfuerzos humanitarios en los barrios industriales o en los centros de reeducación, los Nuncios y hasta el propio Arcipreste se implicaban de forma demasiado obvia en las pequeñas querellas caciquiles que sostenían el orden en Cosmópolis.

Aquella degradación, sin embargo, no era percibida como una amenaza en el interior de la Iglesia; incluso podía decirse que era deliberadamente buscada. El Arcipreste sabía que el poder del sacerdote, en las religiones de revelación individual, y una vez abolido el estatuto santificante de la gracia, actuaba de forma más eficaz sobre los pecadores que sobre los hombres justos, pues estos últimos rara vez cometen faltas que exijan público perdón. Por eso Su Fraternidad, a la hora de

elegir a sus allegados, solía inclinarse por auténticos sacos de estiércol. Por las mismas razones, el Arcipreste se hallaba persuadido de que el común del vulgo necesitaba frecuentes rituales públicos de expiación y arrepentimiento, pues el tener permanentemente abierta la posibilidad del perdón derribaba numerosos obstáculos morales a la hora de cometer una fechoría. Tal perdón público se obtenía en ceremonias semanales denominadas “confesiones solidarias” y retransmitidas a toda la Ciudad a través de la Omnipantalla: en ellas los fieles, reunidos en asamblea bajo la presidencia muda de un predicador, exponían sus culpas y recibían el piadoso –aunque nunca definitivo– perdón de sus conciudadanos. Los servicios estadísticos de la Iglesia de la Solidaridad tenían constancia de que, al día siguiente de celebrarse tales ritos, el número de delitos perpetrados en Cosmópolis se multiplicaba por dos; tal circunstancia hacía bailar de gozo a Su Fraternidad, pues significaba que serían necesarios más y más intensos exorcismos colectivos, lo cual incidía en un permanente reforzamiento de su poder.

Pero, a pesar de ejercer tan gran influencia sobre los destinos de Cosmópolis, el Arcipreste había terminado fracasando allá donde más empeño había puesto: en la solución del problema demográfico. Primero intentó combatirlo mediante la pedagogía: los postulantes se lanzaron a extensas campañas de educación sexual orientadas a que los individuos planificaran las fecundaciones. Fue inútil. Después ensayó un vasto proceso de autosugestión a través de grandes concentraciones populares; las gentes recorrían las calles lanzando vítores y aclamaciones a la fecundidad. Tampoco se obtuvo el éxito esperado. Finalmente, el Arcipreste optó por la resignación: a todas horas se propagaba un discurso consolador que trataba de hacer ver a las gentes las ventajas de la esterilidad. Pero no era eso lo que las gentes esperaban. Por eso en algunas catacumbas de los barrios industriales habían resucitado los viejos cultos. El de la Diosa Madre era el que más vigor demostraba. Y tal circunstancia sacaba de sus casillas a Su Fraternidad.

A la espalda de Román iba quedando la gigantesca pirámide de Palacio, una formidable estructura de vidrio y mármol donde se concentraba todo el poder formal de Cosmópolis; no sólo las instancias administrativas y la residencia del Presidente, sino también las viviendas del numeroso personal de servicio y de la nutrida Guardia Bosquimana, la dirección central de la Omnipantalla, la secretaría del Tribunal Popular y, en los sótanos, los cuatro ejes espirituales sobre los que se asentaba el dominio de la Ciudad: el Archivo del Saber, la Omnipantalla, la Reser-

va del Oro y el Cerebro Atómico. Desde allí, una tupida red de impulsos electrónicos gobernaba segundo a segundo la vida de Cosmópolis. Ni siquiera ahora, ya caída la noche, parecía dormida la Pirámide: su imponente mole se proyectaba sobre la Ciudad como el carcelero que, en perpetua vigilia, controla las pesadillas del preso.

Tal era en realidad la esencia de Cosmópolis: la protección y la represión se habían convertido en una y la misma cosa. La naturaleza caótica de la Mutación y el frágil equilibrio en que se apoyaba la Reforma Global habían hecho surgir una honda desconfianza en el seno de la Ciudad y de sus instituciones. Y cuando el poder se sustenta sobre la desconfianza, los mecanismos de control importan más que los canales de decisión. Por ese motivo la Gente de Bronce, para proteger sus feudos industriales y financieros, había obligado al Presidente y al Arcipreste a compartir sus prerrogativas con esos otros poderes, todos los cuales latían en el interior de la Pirámide: el Cerebro Atómico controlaba las redes eléctricas e informáticas, así como el arma nuclear; la Reserva del Oro administraba el Tesoro de la Ciudad y recaudaba los impuestos; el Archivo del Saber almacenaba el conocimiento y fabricaba las ideas que emanaban de la Pirámide; la Omnipantalla, en fin, marcaba las pautas de comportamiento de los cosmopolitanos, entreteñía sus ocios y les señalaba el camino del bien pensar.

A su vez, todos estos organismos se hallaban controlados por una institución asamblearia de rango superior: el Consejo de Bronce, donde representantes de los diversos feudos económicos e industriales arbitrabán la competencia. Nadie tenía potestad para utilizar las instituciones si no era con el consentimiento expreso del Consejo. Incluso el Presidente y el Arcipreste debían inclinarse ante él. Y para que esta norma fuera de obligado cumplimiento, el Consejo había depositado en otra persona, el Gerente, la responsabilidad de custodiar cada una de las instancias de poder. Su función venía simbolizada por las cuatro llaves de oro que colgaban de su cuello: una abría las puertas de la Gran Biblioteca del Archivo, otra activaba el generador nuclear del Cerebro Atómico, la tercera descodificaba las ondas emitidas desde la central de la Omnipantalla y la última llave abría la cámara acorazada donde trabajaban los custodios de la Reserva del Oro. Por supuesto, tampoco el Gerente tenía las manos libres: varios oficiales de la Guardia Bosquimana le daban escolta durante las veinticuatro horas del día, y sus instrucciones, renovadas a diario, no consistían sólo en proteger al depositario de las llaves, sino también en darle muerte en caso de que las utilizara sin

licencia expresa del Consejo. Así el poder del Gerente llevaba implícita una amenaza de muerte. Era una manifestación más del espíritu que el orden había adquirido en Cosmópolis: la protección y la represión, en efecto, ya eran categorías idénticas, como se encargaban de recordar las trescientas mil videocámaras que, refrendadas por la voluntad popular, vigilaban tanto el interior de Palacio como las calles de la Ciudad, y que ahora enfocaban a Román mientras se alejaba, cuesta arriba, de la sombra de la Pirámide.

La Pirámide... Imaginemos un prisma concebido de tal modo que cuanta energía en él penetre, quede retenida y condensada en él. Imaginemos un punto del espacio que, por sus coordenadas geománticas, haga confluír sobre sí toda la energía dispersa del Cosmos. Imaginemos un grado de poder tal que, por su mera exhibición, acumule todas las fuerzas que lo observan. Así fue concebida la Pirámide: situada en el punto más hondo del gigantesco cráter que albergaba a la Ciudad, en la Pirámide el poder, que es materia, se transformaba en energía, que es espíritu. “Y de tal modo habrá de operarse la mutación alquímica del poder en el seno de la Ciudad”, según prescribió el Tecnólogo Vigón, su insigne constructor.

La Pirámide presentaba la particularidad de hallarse truncada en su cúspide. Con ello, los arquitectos de la Reforma Global, siguiendo las ordenanzas del Tecnólogo Vigón, habían querido expresar que el corazón de Cosmópolis no debía ya apuntar hacia el Absoluto, como si más allá hubiera un Dios, sino que el Absoluto, expresado en el poder subterráneo de la memoria, el oro, la imagen y los átomos, quedaba encarnado en la propia Pirámide y encerrado sobre sí. Claro que cabía otra perspectiva: aquella portentosa construcción, con su vértice inexistente, simbolizaba también la desdicha de un orden civil cuya cúspide nadaba en plena putrefacción. De manera inevitable, la desmesura de los arquitectos había propiciado el rumor popular de que el espíritu de la Pirámide iría reconstruyendo poco a poco su cúspide y, cuando ésta se hallara culminada, advendría el final de Cosmópolis y el retorno de los sildavos. Nunca faltaban curiosos que a primeras horas de la mañana acudían disimuladamente a los aledaños de Palacio por ver si la Pirámide había avanzado en su fatídica y milagrosa obra; pero en la cumbre plana del gigante sólo se divisaba el trasiego de las aeronaves de servicio y el gran estandarte con la estrella de cinco puntas, el emblema de la Reforma Global.

Al pie de Palacio se extendía una amplia explanada de contornos circulares, fuertemente custodiada por la Guardia Bosquimana incluso ahora, en plena madrugada, cuando Román la atravesaba en busca de Ayesha. Hubo un tiempo en que aquí se alzaban las residencias de la casta sildava, antes de las tormentas de fuego de la Mutación. Pese al carácter sagrado y prohibido del lugar, el Presidente había dispuesto que en la zona pública de la explanada, fuera del perímetro de seguridad, se instalaran parques, pérgolas y tenderetes de buhoneros. El objetivo era doble: por un lado, dar a los cosmopolitanos una impresión de pacífica normalidad en el entorno mismo del poder; por otro, prevenir el ataque de turbas descontroladas que sin duda retrocederían ante la populosa y multicolor muchedumbre de ancianos, mujeres y niños –en su mayoría, clónicos– que a todas horas poblaba la zona. El Movimiento del Progreso había puesto manos a la obra para cumplir los deseos del Presidente, y así se logró en pocos días dar a la plaza el aspecto deseado. Bien es cierto que la mayor parte de los comerciantes eran afiliados del propio Movimiento y que entre los transeúntes se hallaban no pocos postulantes de la Iglesia de la Solidaridad. El Doctor Galés decía que hasta los mendigos y borrachos que subrepticamente dormían en aquel parque tenían carné. Otro rostro de la gran ficción.

A partir de la explanada, a la sombra de las paredes de la Pirámide, se elevaban en empinadas cuestas las cuatro arterias principales del centro de la Ciudad. Sus amplias calles se hallaban pobladas a ambos lados por las hermosas villas y palacetes de la Gente de Bronce. Más allá, atravesando varios círculos concéntricos, las avenidas seguían ascendiendo hasta perderse en los atiborrados barrios comerciales, donde los hurritas hacían sus negocios, y luego en las superpobladas zonas industriales, cuya aglomeración circular se prolongaba a lo largo de muchos kilómetros por las faldas del embudo. Los puestos fronterizos de protección, en los bordes superiores de la gran hondonada, coronaban el círculo inmenso. Al otro lado empezaba Lo Abierto, la Terra Incognita, el fin del mundo y el desierto de la Ley, donde no llegaba la autoridad del Presidente, pero tampoco su protección: al norte, los yermos acantilados y, tras ellos, los ásperos y densos bosques de los últimos sildavos; al sur, la gran llanura horadada de minas que surtía a los cosmopolitanos de materias primas, y cuya quietud mortal sólo se veía interrumpida por las imprevisibles cabalgadas de los salvajes bandidos arévacos. Pero todo aquello quedaba ahora muy lejos de aquí.

*

Desde la distancia, Román pudo observar que el grupo de Ayesha entraba en un local llamativamente iluminado: un palacete construido según el estilo anterior a la Era Atómica, rodeado por un pequeño jardín de aire tropical. Los destellos del letrero indicaban su nombre: “Apocalipsis Show”. La puerta se hallaba nítidamente señalada por el toldo rojo y por la lengua, igualmente roja, de la alfombra; en ambas telas se había dibujado la imagen atroz de un formidable dragón dormido, y en efecto, al entrar ahí uno tenía la impresión de ser devorado por un colosal y, a la vez, perezoso dragón. En la entrada, un fornido portero beduino, aparatosamente cubierto de cordones, charreteras y alamares, controlaba la calidad de los clientes con el mismo celo que el catador de Palacio –también beduino, por cierto– empleaba en controlar la calidad de los alimentos que el Presidente ingería. El portero miró a Román con un gesto altanero que, una vez constatado el carácter de la Uni-Forma del Consultor, se convirtió en obsequiosa reverencia.

Al penetrar en el recinto, Román recibió en el rostro un golpe de aire cálido acompañado de un ruido ensordecedor. El dragón saludaba al nuevo inquilino con una caricia de su aliento y un rumor de jugos gástricos. Ante Román desfilaron mil rostros, todos iguales, todos con la misma expresión, todos con esa especie de euforia hastiada que caracterizaba a la plebe dorada de Cosmópolis. Era como abrirse paso entre una selva de vacío. Al fondo, en lo más profundo de las entrañas del dragón, se elevaban las puertas cerradas de los Paraísos Artificiales: la sala de juegos en realidad virtual, el fumadero de opio, el administrador de cocaína, las máquinas expendedoras de drogas sintéticas... Las sustancias psicoactivas habían ganado en diversificación y calidad desde que el Cuerpo de Terapeutas administraba el monopolio de su comercialización. Las máquinas expendedoras ofrecían sus productos en función del carácter del consumidor: “Para soñadores”, “Recreo erótico”, “Poder total”, “Ascesis mística”... Pero los más exquisitos seguían prefiriendo las sustancias prohibidas, aquellas que, como el peyote o la ayahuasca, sólo podían obtenerse en los bajos fondos de los barrios industriales, donde pacientes artesanos frígidos las cultivaban y elaboraban en invernaderos fuera de la ley, quizá porque sólo estas drogas, al estar vetadas por razones comerciales, procuraban una sensación completa de transgresión: no únicamente la transgresión de la conciencia individual, sino también la transgresión del orden colectivo.

El grupo de Ayesha se apiñaba en la barra del bar. Román se fue aproximando hasta ellos. El corazón le palpitaba con fuerza anormal.

Se había lanzado fuera de la Pirámide sin dudarlo un momento, pero ahora, al acercarse hasta aquellos ojos negros, no sabía qué iba a decir, qué iba a hacer, cómo iba a presentarse... Quizá bastaría con poder mirarla. Sí, eso haría: llegar hasta la barra, pedir alguna copa, situarse cerca, aspirar la fragancia de su cabellera rubia, ahogarse en el azul de la cinta que envolvía ese delicioso talle... Quién sabe: quizás ella volvería a dirigir su rostro hacia él, como antes, en la recepción del Presidente. Y entonces él aprovecharía el mínimo resquicio que esa mirada dejara abierto para empujar y colarse, cambiar unas palabras, tal vez sacarla de allí y llevarla a pasear bajo la luna, musitándole los viejos versos que había aprendido en la escuela de Nigromontano y que ya nadie en la Ciudad podía ni quería recordar.

Cuanto más se acercaba a la barra, braceando entre la multitud, más le oprimía en el pecho el nudo de la timidez. Había estado demasiado tiempo solo, demasiado tiempo entregado a su trabajo, demasiado tiempo huyendo de los malos recuerdos de su propia tragedia, demasiado tiempo despertando en plena noche bañado en sudor, demasiado tiempo girando en el vacío. La soledad le había ido cargando de ridículos hábitos y manías de viejo solterón: mantener en el mismo orden los interruptores de las lámparas domésticas, doblar la ropa siempre en el mismo lugar, colocar las persianas de tal modo que la luz del día entrara siempre por el mismo punto... ese tipo de nimiedades que el solitario emplea para crearse un orden a su propia medida, para aliviar la sensación de naufragio existencial, o quizá para marcar más intensamente el propio territorio, como esos animales que aparecían en los viejos libros, antes de que la fauna de Cosmópolis se redujera a las ratas, las palomas y las mascotas. Sí, eso es: un oso solitario acostumbrado a reinar sobre su pequeño universo doméstico, pero que ahora braceaba irritado entre aquella muchedumbre de imbéciles para hallar una hembra a la que ofrecer su exiguo dominio.

Román empezó a sentirse ridículo por momentos: se había enamorado como un adolescente, exactamente igual que aquella otra vez, cuando él, imberbe y brillante novicio de Nigromontano, se quedó prendado de unas trenzas de campesina. Y eso no entraba en sus planes. Lo más probable sería que Ayesha desdeñara sus atenciones, o peor aun: que esa mujer de aspecto sublime terminara resultando una más, una del montón, como todas las otras cosmopolitanas, vulgares y frustradas, obsesionadas por parecerse al macho, otrora dominador y hoy dominado por una copia femenina de sí mismo. Pero, no, no podía ser: esa

mirada, esa sonrisa, esa desenvoltura, ese encanto... Incluso su propio nombre, Ayesha, su aliento fragante como las rosas, el cuerpo que brilla como una perla blanca, ningún escultor creó jamás... Estaba decidido: llegaría hasta ella, la abordaría, le diría que la amaba y, por qué no, quizás incluso pudiera fugarse con ella, hacer de ella su compañera en esa huida que llevaba tanto tiempo acariciando. Al fin y al cabo, las apariencias nunca le habían engañado: si él la había juzgado bien, ella diría que sí.

Román tragó saliva y se alisó la chaqueta de la Uni-Forma. Trató de aparentar serenidad y autodominio. Se acercó hasta el grupo de Ayesha. Miró, sorprendido. Volvió a mirar, inquieto. Aguardó unos minutos, perplejo. Ayesha ya no estaba allí.